



LECTURA
SEMANAL
POPULAR

10
Cents.

NOV. 23

ORTEGA y FRIAS

**HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN Y DE MADRE**

LECTURA

AÑO I **SEMANTAL** **PRE-**
NÚM. 23 **OFIO:**
6 ABRIL **POPULAR** **10**
1926 **CTS.**

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE *por Ramón Ortega y Frías*

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Mon-

(Continúa en la penúltima página).

— ¡Salvadme! — exclamó angustiosamente la hija de don Pedro.

— ¡Recobrad la calma, pobre niña! — dijo la madre de Leandro— Escuchadme, y os haré comprender que vuestra situación no es tan horrible como os parece.

— ¿Qué será de mí ?

— Lo que sucederá nadie puede adivinarlo, porque sólo Dios conoce lo porvenir; pero no por eso hemos de entregarnos a la desesperación.

— ¿Y mi padre ?

— No ha querido verme, pero ya conocéis su carácter...

— ¡Dios mío!

— ¡No tembléis!

— ¡Esta situación es insostenible!

— Ha de concluir; eso es indudable.

— ¿Y cómo me será posible volver al lado de mi padre ?

— No lo haréis sino cuando se haya conseguido convencerle.

— ¡Eso es imposible!

— El tiempo es un gran auxiliar.

— Pero en mi situación...

— Lo mismo que en todas.

— ¿Y mi reputación ?

— Sobre ese punto podéis tranquilizaros completamente.

— Los juicios del mundo...

— El mundo ignora lo que ha sucedido, porque vuestro padre, a quien Dios perdone su crueldad— dijo la condesa con una intención que no podía comprender la joven—, vuestro padre...

— Es severo, pero no cruel— interrumpió vivamente María, dando así una prueba más de la nobleza de sus sentimientos.

Una sonrisa irónica y desgarradoramente amarga desplegó la madre de Leandro, que repuso:

—No, no seré yo quien hiera vuestro corazón de hija; desgraciadamente... ¡Oh!...

Interrumpióse la desdichada madre, hizo un gesto doloroso, y su semblante se cubrió de mortal palidez.

—¿Qué os sucede, señora?

—¡Mil veces sea bendita vuestra inocencia! ¡Qué dicha es la ignorancia!

—Vuestras palabras...

—¡No podéis comprender, no me comprenderéis jamás!

—Hay en vuestro acento...

—¡Hiel! ¡Dios me perdone!

María fijó una mirada de asombro en la condesa. Ésta prosiguió diciendo:

—Sufrís mucho; ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Sois muy desgraciada?

—¡Ya lo sabéis!

—Pues, aun siéndolo mucho más, consideráos dichosa si os comparáis conmigo.

—¿Vos desgraciada?

—Hablemos de vuestra situación.

—Nada tengo que decir. Le ruego a Dios y espero de Dios el socorro, porque las criaturas nada pueden hacer por mí.

—Escuchadme, y decidme luego si discurro acertadamente.

—Ya os escucho, señora.

—Sucede lo mismo con la ira que con el dolor, lo mismo con el amor que con el odio: que el tiempo lo templá, lo calma, y los arrebatos desaparecen; porque si no fuese así, no habría espíritu bastante fuerte para

soportar la agitación que producen ciertos sentimientos cuando llegan al grado de la violencia.

— ¡Es verdad!

— Eso es la obra del tiempo.

— Pero yo...

— Hablo de vuestro padre, cuyo iracundo arrebató se calmara, mal que le pese, y entonces, como al fin el hombre a quien amáis tiene un nombre ilustre...

— Estáis equivocada—replicó María.

— ¡Equivocada!...

— A vos debo decir la verdad.

— ¡Ah!—exclamó la condesa.

Y fijó en la joven una mirada ansiosa, en tanto que otra vez palidecía su rostro.

— ¡Hablad, hablad!—repuso con voz agitada.

— ¿Acaso no os han dicho?...

— Sí; pero... En fin, explicaos, porque si no estamos de acuerdo...

— Lo estaremos.

— ¡Oh! ¡Acabad!

— Querubín no conoce a sus padres.

— ¿Qué estáis diciendo?—gritó la condesa, en tanto que su corazón latía como si fuera a romperse— ¿Qué estáis diciendo? ¡Querubín no conoce a sus padres! No me engañéis...

— ¡Señora!...

— Dicen que es hijo del señor de Guevara.

— El señor de Guevara quiere así hacer un nuevo beneficio al que ha protegido tan generosamente.

Lo que en aquellos supremos instantes pasaba en el alma de la condesa no puede concebirlo sino la mujer que se haya encontrado en una situación semejante.

Nunca había estado la desdichada madre en mayor peligro de dar a conocer el secreto que tanto le importaba guardar.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para dominarse y no exhalar un grito de júbilo, de maternal amor.

Tembler convulsivo agitó sus miembros.

Era indefinible la expresión de su semblante.

Si se hubiese encontrado allí el señor de Guevara o cualquier otra persona de alguna experiencia, con facilidad hubiera adivinado en qué consistía el misterio de la historia de aquella mujer sublime y desgraciada; pero María, con su inocencia, con su absoluta ignorancia de las cosas del mundo, no era posible que ni siquiera remotamente sospechase la verdad.

La conversación debía tomar nuevo giro, o más bien, seguir el que acababa de darle la casualidad, pues la condesa, madre ante todo, quería poner en claro lo que tanto le interesaba.

Transcurrieron algunos minutos sin que ninguna de las dos articulase una sílaba.

Había llamado la atención de María el cambio repentino y el extraño aspecto de la ilustre dama.

Antes ésta aconsejaba la calma, y ella la había perdido instantáneamente y sin un motivo que lo justificase.

Al fin la condesa, dueña de su voluntad, pudo decir:

—La verdad debéis de conocerla vos, porque no es posible que os haya engañado el hombre que tanto os ama.

—No, no me ha engañado; siempre me ha dicho que ignoraba quiénes fuesen sus padres, y que debía su educación y la protección más desinteresada y sin límites a don Godofredo de Guevara.

—¿Y por qué tan repentinamente han cambiado de conducta?

—El señor de Guevara creyó facilitar el casamiento de Querubín dándole su nombre, pues así mi padre no podría ya echarle en cara más que la pobreza, lo cual tie-

ne fácil remedio, porque Querubín, con su talento y su valor, puede hacer fortuna.

— ¡Todo lo comprendo!

— Querubín se opuso a esta farsa; pero ha tenido que obedecer.

— ¿Y no os ha dicho qué circunstancias hicieron que don Godofredo le amparase?

— Nada me ha ocultado.

— Podéis confiarme el secreto sin temor alguno.

— Me parece que no cometo ninguna falta al hablaros con franqueza.

— No.

María, con una sencillez encantadora, refirió la historia que ya conocemos.

La condesa escuchó con ansiedad indescriptible.

Cada detalle era una prueba de que el atrevido mancebo era el hijo a quien inútilmente había buscado ella, lo mismo que don Juan de Monzón.

Ya no podía quedarle duda.

Otra vez tuvo que hacer grandes esfuerzos para dominarse.

Si el comendador se hubiese encontrado allí, no habría vacilado para arrancar a su hija la lengua antes que permitirle referir aquella historia.

María, sin saberlo, había despojado a su padre de una de las más terribles armas con que amenazaba a la condesa.

Ésta dijo:

— Perdonad si sobre este asunto no os doy cierta clase de explicaciones, porque debo respetar vuestra candidez.

— No os comprendo.

— Pero os prometo encontrar al padre de Querubín.

— ¡Ah!

— Y he de conseguirlo muy pronto.

—Si tal sucediera...

—Nos costaría menos trabajo vencer las dificultades que se oponen a vuestra dicha.

—Los padres de Querubín son nobles y ricos.

—¿Cómo lo sabéis?

—Puesto que he principiado concluiré.

—¡Sí, sí!

Menester era toda la fortaleza de espíritu de aquella mujer extraordinaria para poder continuar la conversación con apariencias de alguna calma. También la costumbre de dominarse era para la infeliz un gran auxiliar en aquella ocasión.

—Mi padre—dijo María—conoce este secreto.

—¿Os lo ha dicho?

—No tenía para qué decírmelo, puesto que ignora que Querubín es el hombre a quien amo.

—Entonces...

—Pero su deseo de conocer al que aspira a ser mi esposo, y habiendo asegurado Querubín que era amigo suyo... ¡Oh!... ¡Aun no comprendo cómo pudo resistir!...

—¡Acabad!

Una mañana mi padre dijo a Querubín que le revelaría el secreto de su existencia a condición de que él le revelase el nombre del que ama.

—¡Miserable!—exclamó la condesa sin poder contenerse.

—¡Por Dios, señora!...

—¡Perdonad!

—¡Es mi padre al fin!

—También a esa desgraciada criatura la puso en una alternativa horrible, y representando así un doble papel... ¡Ah!... ¡Si pudieseis comprenderlo todo!... Proseguid, porque la noche se acerca y tengo que volver a mi casa.

—Querubín resistió, sufriendo mucho; pero confiaba

en Dios y en lo que él llama su buena estrella; pues ya debéis de saber que se considera muy afortunado, aunque no hay criatura más desgraciada en el mundo.

—¿Y luego?

—Según he podido entender, Querubín fue a reclamar de mi padre el cumplimiento de su promesa; pero como ya creía seguro el triunfo el autor de mis días, guardó silencio y sufrió toda clase de reconvenciones, sin querer revelar el secreto.

—¡Dios lo dispuso así para bien de todos!

—Mi padre no dijo más sino que los de Querubín eran nobles y ricos.

—Es cuanto necesito saber.

—Me hacéis concebir esperanzas...

—¡Que no se verán desvanecidas!

—¿Con qué os pagaré?

—Ni vos ni nadie puede hacer nada para aliviar mis sufrimientos, porque para mí la única felicidad es la muerte.

—¡Dios mío!

—¡Pobre niña!

—¡También yo sufro!

—¡Vuestros males tienen remedio!—dijo la condesa poniéndose en pie.

—¿Ya os vais?

—¡Es preciso!

—¡Otra vez quedo sola!

—Mañana veréis a Querubín.

—Pero nuestra situación...

—No os impacientéis.

—Han pasado ocho días desde que salí del convento, y todavía...

—¡Aguardad!

—Pero...

—Me ocupo en preparar el golpe decisivo.

—No comprendo...

—Ahora es imposible que entremos en más explicaciones.

Exhaló un penoso suspiro, inclinó sobre el pecho la cabeza, y dos lágrimas se escaparon de sus azules ojos.

La condesa, en tanto que sus negros ojos se humedecían, abrazó a la joven.

Largo rato permanecieron unidas y sin pronunciar una palabra, porque con ninguna podían expresar exactamente lo que sentían.

Con igual violencia palpitaban sus corazones.

—¡Adiós!—dijo por fin la condesa con voz ahogada.

—¡Que el Omnipotente os inspire!

Separáronse.

La madre de Leandro salió de la casa y entró en el carruaje, que se alejó envuelto en una densa nube de polvo.

Ocultábase el sol, y sus rayos coronaban la cima de los montes y las copas de los árboles.

Atravesaban las aves el espacio con manso vuelo.

El horizonte estaba puro y transparente.

La naturaleza sonreía.

¡María lloraba!

Empero la condesa, a pesar de su horrible situación y de todos sus sufrimientos, considerábase completamente dichosa, con una dicha que ni siquiera había podido concebir.

Cuando estuvo sola, cuando ya no tenía necesidad de fingir, exclamó con acento indefinible:

—¡Hijo mío! ¡Hijo de mis entrañas!

Continuaba llorando; pero sus lágrimas eran de alegría, de un júbilo inmenso.

Su emoción no puede concebirse, como tampoco se concibe sin haberlo sentido el amor de madre.

Elevó al cielo una mirada de gratitud.

—¡Dios mío! ¡Dios misericordioso!

Pocos momentos antes había dicho que la muerte era su único consuelo, su dicha única, su sola esperanza.

Mentía, porque entonces más que nunca quería vivir.

Parecíanle siglos los minutos que debían pasar antes de que estrechase contra su sensible y maternal corazón a su hijo Querubín.

¿Le sería posible hacerlo ?

En esto no había pensado aún la condesa.

Antes de llegar a su casa, y cuando le fue posible recobrar algún tanto la calma, reflexionó, y quiso trazar el plan de conducta que le convenía seguir.

Era indudable que ante todo necesitaba hablar con don Juan de Monzón, diciéndole lo que sucedía, y poniéndose de acuerdo con él para que hiciese lo que el caso requería.

La condesa, sin revelar su secreto, sin confesar su deshonor, no podía reclamar a su hijo, y, por consiguiente, esto había de hacerlo el señor de Monzón. entendiéndose con el señor de Guevara.

Cuando esto pensó la condesa fue cuando le ocurrió que su misma honra era también un inconveniente para abrazar y dar el nombre de hijo a Querubín.

Tenía ella que privarse de esta dicha, y privar también al mancebo de una satisfacción sin igual.

Sintióse vivamente contrariada la pobre madre.

Otra vez se entabló en su alma una lucha desgarradora.

Pero a pesar de esto se consideraba feliz.

—Vremos—dijo—, porque no quería desde luego renunciar al goce de abrazar a Querubín, de darle el nombre de hijo y de oír que él la llamaba madre.

Al entrar en su casa no había ya de la luz del día más que el resplandor del crepúsculo.

Resonaron las campanas de las parroquias y conventos con el toque del *Angelus*.

Presurosamente subió la condesa a sus habitaciones. La agitación de su espíritu revelábase en su rostro pálido y descompuesto.

Aunque la luz era muy escasa, apenas se quitó el manto pudo verse la alteración de su semblante, y su doncella exclamó:

— ¡Señora!

— ¡Soy feliz, soy feliz!—interrumpió la dama.

—Pues yo hubiera jurado que la señora condesa sufría mucho.

—Estoy agitada; pero... nada más.

—¿Hay esperanzas de que todo se arregle bien?

—Sí.

— ¡Bendito sea Dios, que así nos proteje!

—Pero nada podrá hacerse sin tu ayuda.

—Pues si de mí depende la dicha de los que ahora sufren...

—Contigo he contado, buena Lucía.

—Grandísimo pesar me hubiera dado la señora condesa no haciéndolo así.

—Conozco tu lealtad.

— ¡Gracias, señora!

—No te hablo de recompensas...

—Lo que necesito es que vuestra señoría me diga lo que tengo que hacer.

—Has de desempeñar una comisión muy delicada.

— ¡Dios me dé acierto!

—Para lo que has de hacer te sobra inteligencia, pues lo que más se necesita es discreción.

—Entonces, puede vuestra señoría descuidar.

—Escúchame.

—Ya lo hago con el respeto debido.

—No puedo en este momento darte cierta clase de explicaciones, y la razón la conocerás algún día.

—Señora, estoy dispuesta a obedecer: no es satisfacer

mi curiosidad lo que deseo, sino servir a vuestra señoría.

—Principiaré por decirte una cosa que te sorprenderá mucho.

—Ya nada me sorprende.

—Nadie, absolutamente nadie, ha de saber lo que voy a encargarte.

—Nadie lo sabrá.

—Has de guardar reserva hasta para con mi hijo.

—Así lo haré.

—Si por una imprudencia se llega a traslucir...

—Puede vuestra señoría tranquilizarse.

—¿Conoces a un caballero que se llama don Juan de Monzón ?

—He oído su nombre.

—Vive en la calle de Santiago, en una casa grande que hay entrando a la izquierda.

—No lo olvidare.

—Es preciso que vayas a verle.

—Para hacerlo así no hay ningún inconveniente.

—Te arreglarás de modo que sus criados no sepan quién te envía.

—Eso es muy fácil.

—Y a don Juan has de decirle que tengo absoluta necesidad de verle, y que cuanto más pronto, mejor.

—¿Ha de venir ?

—No.

—Entonces...

—Adoptaré las precauciones que le parezcan convenientes para que yo pueda ir a su casa sin peligro de las observaciones de sus criados.

—¡Comprendo!

—Si es posible, esta misma noche iré.

—Me parece que todo se arreglará a medida de vues-

tro deseo, a menos que don Juan de Monzón encuentre en su casa algún obstáculo.

—Ninguno, puesto que no tiene familia.

—Pues así podrá disponer con entera libertad.

—Creo que sí.

—¿Debo ir ahora ?

—Cuando quieras, o bien te parezca.

No hablaron más, ni era menester que hablasen. Cambió de ropa la condesa.

Ya había cerrado la noche.

Lucía se envolvió en su manto y salió, mientras decía para sí:

—¡Ahora entiendo menos que nunca lo que pasa! ¿Qué tiene que ver don Juan de Monzón en este endiablado asunto ? ¿Para qué necesita verle mi señora ? ¿Por qué ha de guardarse el secreto hasta para don Leandro ?

Y, haciéndose estas preguntas, se encaminó a buen paso hacia la vivienda de don Juan de Monzón, a quien ya es tiempo de que presentemos a nuestros lectores.

CAPITULO LXXII

Cómo la doncella desempeñó su comisión

Peligroso era andar por las calles de Madrid después de cerrada la noche, y mucho más peligroso para una mujer; pero Lucía no se paraba en semejantes consideraciones, porque ni era cobarde ni creía que era posible hacer fortuna sin arriesgar algo, y la fortuna esperaba de aquella intriga la doncella.

Con tanta prisa avanzó, que antes de diez minutos entraba en la calle de Santiago y se detenía ante la casa de don Juan de Monzón.

Del carácter y sentimientos de éste hemos hablado ya,

y también dijimos que sus muchas desgracias habían dado por resultado una melancolía profunda que a todas horas tenía meditabundo y sombrío al buen caballero.

Su vida no podía ser más triste ni más monótona.

Pasaba en su habitación la mayor parte del día: y si el tiempo era apacible, salía para dar un paseo por los sitios más solitarios, o iba a visitar a alguno de sus parientes, únicas personas con quien sostenía relaciones, pues había dejado el trato de todos sus amigos.

Era don Juan de Monzón una de esas criaturas que no se arrebatan fácilmente con la alegría ni con el dolor; pero, por lo mismo, no eran pasajeras sus impresiones, y puede decirse que dejaban en su alma una huella indeleble.

Lentos eran siempre los dolores de don Juan; pero el tiempo no los entibiaba, y así se explica cómo después de tantos años sufría, con poca diferencia, lo mismo que el día en que perdió la última esperanza de encontrar al hijo de su desdichada pasión.

Lo mismo le sucedía con respecto a su amor: conservaba todas las ilusiones de su primera juventud y adoraba a la condesa.

A pesar de esto, sabía dominarse; y como comprendía perfectamente la situación de la mujer a quien amaba, en vez de aprovechar las ocasiones para verla, o de buscar la ocasión, hacía todo lo contrario: puede decirse que huye de ella como se huye de un peligro.

Para hacerlo así le era preciso mortificarse mucho; pero no vacilaba, porque don Juan entendía que el que ama verdaderamente debe hacer todos los sacrificios en bien del objeto amado, o, lo que es igual, opinaba que el amor, si es verdadero, no es egoísta.

Cuarenta y cinco años tenía el señor de Monzón; su organización era vigorosa y enérgico su espíritu, y sus ojos brillaban como en lo más florido de su juventud.

En fuerza de entregarse a sus pensamientos había adquirido la costumbre de hablar muy poco; y esta circunstancia, así como su profunda y constante melancolía, eran causa de que pareciese más severo de lo que en realidad era.

Crefase que el carácter de don Juan era violento; pero esto era un error, pues sus criados aseguraban que nunca le habían visto encolerizarse.

Siempre hablaba con la misma entonación, siempre se presentaba grave y sombrío; infundía mucho respeto con su dominadora mirada, y nada más.

Era sencillo en sus costumbres, modesto, y si habitaba una casa amueblada con lujo, era porque así la había heredado de sus padres.

Hechas estas advertencias, y con lo que ya dijimos al presentar a la condesa, se comprenderán perfectamente las escenas que tenemos que referir.

Entró Lucía en el anchuroso portal, escasamente esclarecido por la rojiza luz de un farolillo que había frente a la escalera.

El portero, que no estaba acostumbrado a ver visitas, y menos de mujeres, creyó que la doncella se había equivocado, y le salió al encuentro preguntándole:

—¿A quién buscáis?

—Al señor don Juan de Monzon—respondió Lucía.

—Aquí vive—repuso el portero sorprendido.

—Ya lo sé.

—¿Traéis alguna carta?

—No más que mi persona—le dijo la sirvienta mientras se recataba el rostro con el manto.

—Está bien; pero...

—Necesito ver al señor don Juan; y como el asunto es urgente y de grandísimo interés, y como, además, tengo prisa, porque me aguardan, haréis que inmediatamente den aviso a vuestro noble señor.

—¡Ahora mismo!—respondió el portero sin moverse.

—Pues aguardo.

—Preciso será que me digáis vuestro nombre.

—Sería inútil, puesto que no me conoce vuestro señor.

—Entonces...

—Otra persona me envía.

—¿Y el nombre de esa persona ?...

—Me han prohibido pronunciarle.

—¡Tanto misterio!

—Sois curioso en demasía.

—No por cierto; pero mi deber...

—Yo también lo cumplo obedeciendo a mi noble señora.

—¿Una dama ?

—Ilustre por los cuatro costados.

La sorpresa del portero llegó a su colmo, porque nunca había imaginado que su severo señor tuviese nada que ver en ningún asunto en que mediasen mujeres que ocultaban su nombre; pero su sorpresa nada tenía que ver con su obligación, y, comprendiendo que el asunto era de importancia, llamó a un criado y le dijo que avisase a don Juan.

No menos sorprendido quedó éste cuando le dieron el recado; pero, a poco que reflexionó, empezó a sospechar que se trataba de la condesa.

—¡Que entre!—dijo el caballero.

Y apenas vio a Lucía, le preguntó:

—¿Quién os envía ?

—Si puedo hablar con descuido...

—Sí.

—Tengo el honor de servir a la señora condesa de...

—¡Ah!—interrumpió don Juan sin poder contenerse.

Y luego, procurando disimular lo que sentía, dijo:

—¿Qué le sucede a vuestra señora ?

—Hace algún tiempo que sufre mucho; aunque, si

he de decir lo que siento, me parece que nunca ha sido feliz.

— ¡Tal vez! —murmuró don Juan por decir algo.

—Yo no entiendo lo que pasa y, por consiguiente, no puedo dar explicaciones, pero ello es que la señora condesa se encuentra en grandísimo apuro.

—¿Y no sabéis esos apuros en qué consisten?

—Ya he dicho que no acabo de entender lo que pasa.

—Pero...

—No soy curiosa: me he concretado a servir a mi noble señora con lealtad, y dispuesta estoy a sacrificar por ella la vida.

—No lo dudo—replicó don Juan con alguna impaciencia—; pero me parece que ante todo debierais decirme para qué os envía vuestra señora.

—Porque tiene necesidad de veros.

Palideció el rostro de don Juan, que guardó silencio y siguió escuchando.

La doncella añadió:

—Según mi señora dice, es urgente el asunto de que tiene que hablaros.

—¿Cuándo debo ir?

—A ninguna hora, porque vuestra visita ofrecería el peligro de que se enterase el señor conde o el señor don Leandro, y mi noble señora quiere guardar la mayor reserva.

—¿Pues cómo ha de arreglarse la entrevista?

—Disponiendo vos las cosas de manera que la señora condesa pueda venir sin temor a las observaciones de vuestros criados.

— ¡Ella en mi casa!

—Es lo más fácil y lo menos peligroso.

Hízose más densa la palidez del rostro de don Juan.

Lo que sentía no tiene explicación.

Su trastorno fue tal, que en algunos minutos no pudo articular una sílaba.

Cuando consiguió dominarse, dijo:

—Todo se arreglará como vuestra señora desea.

—Vendrá mañana a la noche.

—¿A qué hora?

—Eso depende de las circunstancias.

—Pues bien; decidle que toda la noche esperaré, que el portero no le dirigirá la palabra, y que no encontrará a ningún otro criado.

—Probablemente, yo la acompañaré.

—¿Tenéis algo más que decirme?

—Nada, caballero.

—Pues ofreced a vuestra noble señora mi respeto más profundo.

—Os lo agradecerá.

—¿Queréis que os acompañen para volver a vuestra casa?

—No; porque tengo a los curiosos más miedo que a los ladrones.

—Id con Dios.

No pudo la doncella hablar más, como deseaba, porque creía que en el transcurso de la conversación cometería don Juan la torpeza de pronunciar alguna palabra que hiciese comprender la clase de relaciones o asuntos que con la condesa tenía; pero el grave y severo continente del caballero produjo en la doncella el efecto que en todos producía. Mal que le pesase, quedó sin satisfacer su curiosidad, y tuvo que resignarse hasta que se presentara ocasión más propicia.

Saludó, pues, al señor de Monzón y salió de la casa, mientras el portero decía:

—Hace más de diez años que sirvo al señor don Juan y ésta es la primera vez que viene un recado misterioso de parte de una dama no menos misteriosa. ¿Qué suce-

de ? No lo adivino; y como a mi noble señor le desagradaba mucho que sus criados sean curiosos, no podré tomarme la libertad de averiguar.

Con cuanta prisa le fue posible corrió Lucía hacia su vivienda.

La condesa la esperaba con ansiedad, y apenas la vio, le preguntó:

—¿Le has hablado ?

—Sí, señora.

—¿Cómo te ha recibido ?

—Muy seriamente, pero muy bien. Apenas pronuncié el nombre de vuestra señoría..., no lo aseguro, pero me parece que se puso pálido como un cadáver.

También palideció la condesa al oír esto.

—¡Prosigue!—dijo con balbuciente voz.

—Quedó muy pensativo, y con grandísimo interés me preguntó luego si vuestra señoría era dichosa.

—¿Qué has respondido ?

—La verdad, yo no sabía qué decirle, porque como sobre este punto no me dio instrucciones vuestra señoría, creí lo más prudente responder de modo que quedase la duda.

—Habrá mostrado gran sorpresa.

—Así parece; pero ocultaba lo que sentía, porque debe de ser de esos hombres muy reservados que hablan muy poco.

—No te equivocas.

—Le manifesté el deseo de vuestra señoría, y mañana esperará toda la noche, asegurando que ninguno de los criados nos molestará, ni siquiera nos mirará, puesto que no encontraremos más que al portero.

—Has desempeñado bien la comisión.

—Me felicito.

—Ahora mucha reserva y mucho disimulo.

—Puede vuestra señoría estar descuidada.

—Pregunta si ha salido mi hijo, porque quiero verle. Desapareció la doncella, y a los pocos momentos volvió para decir:

—El señor don Leandro no está en casa.

—Pues déjame.

Sola quedó la pobre madre para entregarse otra vez a las mismas reflexiones.

¿No se consideraba todavía dichosa ?

Sí; pero le mortificaba no poder abrazar y dar el nombre de hijo a Querubín.

CAPÍTULO LXXIII

Los dos antiguos amantes

Llegó el día siguiente.

La condesa apenas había dormido, y en su pálido rostro veíanse las señales inequívocas del insomnio.

Con creciente afán contaba los minutos, que le parecían interminables.

No pudo disimular completamente su preocupación, dando así lugar a que Leandro la preguntase:

—¿Qué os sucede, madre mía ?

—Estoy lo mismo que siempre—respondió la condesa.

—Tal vez; pero...

—La situación en que nos encontramos me hace cavilar mucho.

—Os diré con franqueza lo que siento.

—Sí.

—A pesar de todas las contrariedades y de que ninguna nueva esperanza tenemos, juraría que hoy...

—¿Qué ?—preguntó la condesa con un si es no es de temor.

—Encuentro en vuestros ojos el brillo de la alegría.

Sintióse turbada la pobre madre.

— ¡Aprensiones! — murmuró.

— Pues siento haberme equivocado.

— Tú dices que no hay ninguna nueva esperanza.

— Y así es.

— Pues yo tengo muchas, y en eso tal vez consiste el cambio que adviertes en la expresión de mi semblante.

— ¿Y en qué se fundan vuestras esperanzas?

— No acierto a explicarlo; son presentimientos que para nadie más que para mí tienen valor.

— Los presentimientos no os han engañado nunca.

— Me amas mucho, hijo mío — repuso la condesa con acento de ternura conmovedora —; yo te amo también, y me parece criminal privarte de una alegría, después que tanto has sufrido al comprender que yo no era dichosa.

— ¡Gracias, madre mía! — dijo Leandro besando cariñosamente las manos de su madre.

— Pero he de imponerte una condición.

— ¡Todas las aceptaré!

— Desde ayer al ocultarse el sol soy casi feliz.

— ¡Feliz! — exclamó el joven profundamente sorprendido.

— No puedo darte explicaciones.

— ¡Siempre el misterio!

— ¡Siempre!

— ¡Ah!

— No deseas conocer el secreto de mi vida, porque ya te he dicho que serías muy desgraciado.

— Si habéis dejado de sufrir...

— No, pero Dios ha querido proporcionarme un gran consuelo.

— ¡Bendito sea Dios!

— Siempre me has respetado, hijo mío.

— Y os respetaré.

—Cuando tú haces una promesa la cumples a costa de la vida.

—¿Y por qué decís ahora eso?—preguntó Leandro mientras miraba a su madre con extrañeza.

—Vas a saberlo.

—¡Ya os escucho!

—Esta noche he de salir.

—Eso nada tiene de particular.

—Nadie ha de saber adónde voy; nadie más que mi doncella Lucía.

—¿Habéis pensado el peligro que ofrecen de noche las calles de Madrid?

—Sí; pero lo arrostraré.

—Recordad aquella noche que fuisteis a ver a Consuelo.

—No la olvido.

—Cuando menos parecía que tenáis que temer...

—Por eso tú me acompañarás.

—¡Me tranquilizo!

—Pero te separarás de mí en el momento que yo lo disponga, y donde te quedes me esperarás sin intentar seguirme.

—¡Madre mía!...

—Prométeme que lo harás así, que respetarás mi secreto.

—¡Lo juro!

—¡Te lo agradezco, hijo mío!

—Pero considerad lo que ha de dolerme que en uno de vuestros erizados depositéis vuestra confianza, mientras que yo...

—Razones muy poderosas tengo para hacerlo así.

—Me resigno y esperaré.

Dio la condesa nuevo giro a la conversación.

Ya tenía la seguridad de que en caso de apuro encontraría protección.

Llegó la noche tan deseada.

A la hora de costumbre cenaron.

El conde, según costumbre, también salió para no volver hasta la madrugada, porque le esperaban algunos de sus amigos.

Dispuso la condesa que se acostasen los criados, menos el que había de recibir al conde cuando llegase.

El portero, que ya había recibido una buena recompensa, sería reservado.

Envolviéronse en sus largos mantos la condesa y Lucía.

Leandro, con una linterna, dispúsose a acompañar a su madre.

Eran las diez.

Los tres salieron.

La condesa se apoyó en el brazo de su hijo.

Latía violentamente el corazón de aquella desdichada mujer.

No veía a don Juan de Monzón sino cuando por casualidad le encontraba en la calle, y esto sucedía muy pocas veces, pues ya hemos dicho que el caballero pasaba casi todo el día en su vivienda.

¿Amaba la condesa todavía a don Juan?

A ella le sucedería lo mismo que a él, porque también su amor era inextinguible; pero ya hemos visto cómo se dominaba y con cuánta escrupulosidad cumplía sus deberes.

Muy difícil era en aquellos momentos su situación, y debía serlo mucho más cuando se encontrase en presencia del caballero.

Ni la madre ni el hijo pronunciaron una palabra, porque ambos tenían mucho en qué pensar.

Reflexionaba ella sobre su situación.

Cavilaba Leandro, empeñándose en adivinar adónde iba su madre.

La doncella los seguía silenciosamente.

Llegaron a la costanilla de Santiago.

— ¡Aquí! —dijo la condesa.

—Esta es la casa de Consuelo—respondió el joven.

—Si la hora es conveniente puedes subir a verla.

—¿No he de esperar en este sitio?

—Sí.

—Entonces...

—Pero no volveré antes de media hora.

—Creo que Consuelo y su madre ya se habrán acostado; y como el señor Policarpo habrá hecho lo mismo, no encontraré con quién hablar, ni siquiera quien abra la puerta.

—Siento que tengas que esperar aquí.

— ¡No me importa!

—Procuraré concluir pronto.

—¿Supongo que iréis lejos?

—No.

—Me tranquilizo, pues si hubieseis de atravesar todavía muchas calles...

—Me acompañarías.

—Pues que Dios os proteja, mi querida madre.

— ¡Acuérdate de lo que me has prometido!

— ¡Descuidad!

No hablaron más.

La condesa y Lucía se alejaron.

A los pocos minutos se encontraban en la calle de Santiago.

Abierta estaba la puerta de la casa de don Juan.

En el portal había luz, lo mismo que en la escalera.

El portero estaba en su habitación.

Ya había recibido las instrucciones convenientes, y no había que temer que cometiese una indiscreción, pues en aquella casa nadie se hubiera atrevido a desobedecer al severo don Juan.

Detuviéronse algunos momentos las dos mujeres.

La condesa apenas podía respirar.

Temblaba, y eran inútiles sus esfuerzos para dominarse.

— ¡Vamos! — dijo.

Entraron en la casa.

El portero, cumpliendo con religiosa exactitud las órdenes que había recibido, no hizo más que ponerse en pie, quitarse el sombrero e inclinar respetuosamente la cabeza.

No era posible ver el rostro de la dama, porque le ocultaba el manto.

Lucía se recataba también.

Subieron.

Entraron en una antecámara.

Allí había un hombre vestido de negro, inmóvil como una estatua.

Estaba nerviosamente pálido.

Era don Juan.

Al ver a la condesa se estremeció.

La infeliz no pudo contener una exclamación, cuyo significado era muy difícil de adivinar.

También quedó inmóvil.

Pasaron algunos minutos en silencio absoluto.

Don Juan de Monzón dijo al fin:

— ¿Queréis hablar sin testigos ?

— Ese es mi deseo.

— Pues aquí puede quedar vuestra doncella.

Lucía se sentó, deplorando no conocer el interior de aquella casa, porque así le era imposible cometer el abuso de escuchar.

La condesa y don Juan atravesaron silenciosamente algunas habitaciones.

Detuviéronse en un gabinete amueblado con riqueza,

pero con severidad, y esclarecido por la luz de dos bujías.

Sentóse la condesa y se descubrió el rostro. Su palidez era cadavérica; pero estaba hermosa como nunca: era su hermosura doblemente interesante.

¿Quién hubiera podido comprender lo que pasaba en el alma del caballero?

Sentía como si su sangre se hubiera convertido en fuego.

¿Cómo dar principio a la conversación?

He ahí la primera dificultad que encontró la condesa; pero don Juan, que no podía dominarse hasta el punto que deseaba, la sacó del apuro, exclamando:

—¡Ah! ¿Por qué me hacéis pasar por esta prueba terrible?

—¡Nuestro hijo, el hijo de nuestra fatal pasión!— exclamó entonces la dama.

—¡Nuestro hijo!—murmuró don Juan.

Y como si desapareciesen sus fuerzas instantáneamente, se dejó caer en un sillón.

Inclinó la cabeza y frío sudor corrió por su frente.

—¡Nuestro hijo vive!—dijo la condesa.

—¡Que vive!—exclamó don Juan recobrando otra vez la energía y fijando una mirada ansiosa en la mujer a quien adoraba.

—¡Le he visto!

—¡Ah!

—¡Tiene un gran corazón, un alma sublime!

—¡No, no me hagáis concebir esperanzas que han de desvanecerse! ¿Dónde está nuestro hijo, dónde? ¡Me habéis traído la dicha, y he debido adivinarlo, porque la dicha solamente puede esperarse de vos!

—¡La dicha de mí, que represento vuestra fatalidad!

—¡Hablemos de nuestro hijo!

—Podéis encontrarle en la misma casa donde le dejasteis!

—¡Imposible!

—Cuando murió su nodriza, fue amparado por don Godofredo de Guevara.

—¡Oh!

—Y el señor de Guevara, con una generosidad sin límites...

—¿Tenéis la seguridad de no haberos equivocado?

—Tengo la prueba.

—¡Perdonad; pero ante todo necesito abrazar al hijo de nuestro amor!

—Preciso es que me escuchéis, don Juan, porque si no os hago comprender mi extraña y crítica situación, cometeríais torpezas que me comprometerían.

—¡Hablad, hablad!

Acercóse el caballero a la dama.

Fijó en ella una mirada profunda, y esforzándose para contenerse, escuchó.

La condesa refirió entonces detalladamente todos los sucesos que nuestros lectores conocen ya, sin olvidarse del abuso que cometía el comendador poniéndola en la alternativa más horrible, y destrozando así su corazón de madre a la vez que hería su dignidad de señora.

No haremos mención de las diversas impresiones que el relato produjo en don Juan.

Sentíase unas veces profundamente conmovido, otras agitado, y sorprendido siempre con tan inconcebible coincidencia.

Si en aquellos momentos se hubiera encontrado allí el comendador lo habría pasado muy mal. Quince minutos después terminaba la condesa su relato.

Don Juan alargó las manos para coger las de la condesa y estrecharlas; pero las retiró vivamente al ver que ella se estremecía.

—¡Oh!—murmuró el caballero— ¡Preciso es hacer por completo el sacrificio!

Y después de algunos momentos añadió:

—¡Adivinad lo que pasa en mi alma, como yo adivino lo que pasa en la vuestra!

—¡Pensemos en nuestro hijo!—replicó la condesa, cuya voz temblaba.

Púsose en pie el caballero.

—¡Perdonad!—dijo.

—¿Qué intentáis?

—El hijo de nuestra pasión fatal...

—¡Escuchadme todavía!

—Pensad que los momentos...

—Son siglos; ya lo sé.

—¿Qué más tenéis que decirme?

—Recordaros mi situación.

—Nada se me oculta.

—Tengo que privarme de la dicha de abrazar a nuestro hijo, porque mi honor...

—Si es nuestro hijo bastante discreto...

—Hay que contar con las circunstancias y los sucesos que pueden sobrevenir, porque no sabemos si en momentos dados, dejándose arrebatar, cometería una imprudencia. Al fin, tiene pocos años, es vehemente, atrevido, audaz...

—¡Comprendo!

—¡Haré el último sacrificio! ¡Tantos he hecho ya!...

—¡Ah!

—He concluído, caballero.

Y al pronunciar estas palabras también se levantó la condesa. No era posible que prolongasen aquella conversación.

Sufrían horriblemente, como quizá no habrían sufrido en toda su vida.

La desdichada madre se envolvió otra vez en su manto y dijo:

— ¡Adiós, y... hasta la eternidad!

Sentíase ahogada.

No pudo articular una sílaba.

Salió seguida del caballero.

La doncella esperaba.

Con una inclinación de cabeza saludó don Juan. Poco después encontrábanse en la calle las dos mujeres.

Rápidamente avanzaron hacia la costanilla. Leandro se encontraba allí.

— ¡Vamos, vamos! — dijo la pobre madre.

Y se apoyó en el brazo de su hijo.

La infeliz temblaba

El hijo le dirigió algunas preguntas.

— ¡Calla, hijo mío! — respondió la condesa.

— ¡Estáis agitada, trastornada!...

— Sin embargo, sufro mucho menos que antes.

— Este misterio...

— Otra vez te suplico que no intentes conocer el terrible secreto de mi vida.

Leandro cavilaba sin poder adivinar dónde había estado su madre.

Entraron sigilosamente en su vivienda.

La condesa quiso que la dejasen sola.

El joven entró en su aposento y dijo:

— ¡Ahora me sería imposible dormir! ¡Oh! ¿Qué sucede? ¡Necesito moverme, hacer algo!

Y empezó a pasearse a lo largo de la habitación.

Esto era poco.

Su excitación crecía.

Llamó, y se presentó Perico preguntando:

— ¿Qué manda vuestra señoría?

— Acompáñame.

— Estoy dispuesto.

El criado salió, volviendo a los pocos instantes con su capa, su sombrero y su espada.

Tomó la linterna.

—Vuestra señoría tendrá a bien decirme si debo adoptar alguna precaución.

—Ninguna.

—Pues, entonces...

—¡Quiero andar, fatigarme, rendir mi cuerpo para proporcionar descanso al espíritu!

—Está bien, señor.

—¡Vamos, Pedro; vamos!

No hablaron más.

Salieron de la casa.

Desnudaron los Aceros, porque ésta era prevención indispensable en aquellos tiempos.

A buen paso encamináronse a la calle de Alcalá.

—¡Por aquí!—dijo Leandro volviendo a la derecha.

—¡A la Puerta del Sol!—murmuró su criado.

A los seis minutos encontrábase junto a la célebre Mariblanca.

—¿Y ahora?—preguntó Perico.

—¡Adelante!

Siguieron por la calle Mayor.

Cuando llegaron a Platerías volvió el desgraciado joven a la izquierda, y entrando por el laberinto de calles de los alrededores de San Miguel, fueron a parar a la calle de Segovia. Entonces dijo el sirviente:

—¡Ya sé el camino!

Efectivamente; no debían detenerse hasta la plazuela del Alamillo, donde ya sabemos que vivía el señor de Guevara.

¿Para qué quería verle Leandro?

No podía hablarle de la extraña conducta de la condesa; pero sí podía decirle que sufría mucho, y esto era un desahogo.

CAPITULO LXXIV

Don Juan de Monzón va en busca de su hijo

Entretanto don Juan de Monzón, profundamente agitado, apenas salió la condesa llamó a sus criados, pidió su espada, su capa y su sombrero, y se dispuso a salir.

—¿Iréis solo?—le preguntó uno de los sirvientes.

—Sí.

—¿Y sin luz?

—¡Me es igual!

Diéronle una linterna, que tomó maquinalmente.

Salió de su casa, siguió hasta las alturas de San Nicolás, bajó luego por los derrumbaderos que terminan en la calle de Segovia, y bien pronto se encontró en la plazuela del Alamillo.

Detúvose junto a la puerta de la casa del señor de Guevara.

Su corazón latió violentamente.

Poco más o menos, a la misma hora, y también entre las tinieblas de la noche, habíase detenido allí diecisiete años antes llevando en sus brazos al hijo de su amor, de su desdicha, de su debilidad, y aun pudiera decirse de un fatal error.

¡Cuánto había sufrido durante aquel tiempo!

Extendió un brazo para coger el aldabón.

Su mano tamblaba.

—¡Dios mío!—exclamó— ¡Necesito muchas fuerzas para dominarme.

Llamó.

No le respondieron.

Volvió a llamar.

Temió que no estuviese el señor de Guevara, de quien ya sabemos que no se recogía muy temprano.

Recios golpes descargó por tercera vez don Juan. Al fin se abrió una ventana, y una voz preguntó con aspereza:

—¿Quién es?

—¡Necesito ver ahora mismo al señor de Guevara!

—¡Tripas de Lucifer! ¡No me parece la hora muy a propósito para visitas!

—Perdonad; pero es preciso.

—¿Quién sois? No reconozco vuestra voz.

—Ni me conviene decir a gritos mi nombre.

—¡Rayos! ¿Os habéis propuesto darme una broma pesada?

—El asunto es demasiado serio.

—Sin embargo...

—Supongo, señor de Guevara, que no tenéis miedo.

—¡Cien legiones! —gritó el protector de Querubín.

Y cerrando la ventana, apresuróse a encender luz, se abrigó la cabeza con un gorro, tomó la espada, y en ropas menores corrió para bajar y abrir, a tiempo que el hijo de la condesa, informado de lo que sucedía, saltó también de su dormitorio a medio vestir.

—¡Me parece—le dijo el caballero—que alguno de mis amigos quiere embromarme; pero juro que ha de costarle caro su buen humor!

—¡Dejadme abrir!

—No, porque ya me han preguntado si tengo miedo.

—Estáis casi desnudo, y hace mucho frío.

—¡Tengo encendida la sangre!

—Vestíos, que luego haréis lo que mejor os parezca.

—Pues bien; baja, di que aguardo, y si comprendes que se trata de una burla, responde a cintarazos.

—No será menester.

—¡Lleva la espada!

—Es inútil, padre mío—dijo Querubín.

Y como había encendido otra luz, no se detuvo y bajó presurosamente, en tanto que su protector, jurando y maldiciendo, acababa de vestirse.

No esperaba don Juan encontrarse repentinamente y de manos a boca con el mancebo. Exhaló un grito cuando se abrió la puerta y vio aparecer la interesante y bella figura de Querubín. Su padre no le conocía; pero comprendió que aquél era su hijo.

El primer impulso del caballero fue abrazar al joven; pero, afortunadamente, pudo dominarse.

Quedó inmóvil, como si se hubiera petrificado. Mortal palidez cubrió su rostro.

Su mirada fijábase ansiosamente en Querubín.

Este contempló a su padre.

Nunca le había visto, y después de algunos momentos le preguntó:

—¿Qué queréis, caballero?

No acertó don Juan a responder, porque su turbación era tal, que su voz se ahogaba en su garganta.

—No debo suponer que os habéis equivocado, puesto que desde luego habéis preguntado por el señor de Guevara.

—¡Sí—balbuceó al fin don Juan—; tengo necesidad de verle ahora mismo!

Como no podía disimular su violenta agitación, ni siquiera sospechó Querubín que se tratase de una broma.

—Ya nos habíamos acostado.

—Habéis de perdonarme; pero...

—Mi buen padre os recibirá como merece una persona de vuestra clase.

—¡Vuestro padre!—murmuró el caballero con acento indefinible.

—Eso he dicho.

zón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa. porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

La condesa descubre que Querubín es el hijo que tuvo con don Juan de Monzón. Cuenta a Monzón lo que ocurre y éste se alía con ellos.

COLECCION ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TITULOS PUBLICADOS EN LA 1ª SERIE

1	El secreto de María Rosa	10	El secreto de María Rosa
2	El misterio del castaño	10	El misterio del castaño
3	El misterio del castaño	10	El misterio del castaño
4	El misterio del castaño	10	El misterio del castaño
5	El misterio del castaño	10	El misterio del castaño
6	El misterio del castaño	10	El misterio del castaño
7	El misterio del castaño	10	El misterio del castaño
8	El misterio del castaño	10	El misterio del castaño
9	El misterio del castaño	10	El misterio del castaño
10	El misterio del castaño	10	El misterio del castaño
11	El misterio del castaño	10	El misterio del castaño
12	El misterio del castaño	10	El misterio del castaño

PRECIO DE CADA TOMO 80 PUNTOS

800 PUNTOS

DE VENTA EN LIBRERIAS Y ROSCOS



ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA CORAZÓN Y DE MADRE

LECTURA

AÑO I
NÚM. 23

6 ABRIL
1934

SEMANAL

POPULAR

PRE-
CIO:
10
CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJAS, S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRIPCIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE *por Ramón Ortega y Frías*

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Mon-

(Continúa en la (traducción siguiente).

— ¡Salvadme! — exclamó angustiosamente la hija de don Pedro.

— ¡Recobrad la calma, pobre niña! — dijo la madre de Leandro — Escuchadme, y os haré comprender que vuestra situación no es tan horrible como os parece.

— ¿Qué será de mí ?

— Lo que sucederá nadie puede adivinarlo, porque sólo Dios conoce lo porvenir; pero no por eso hemos de entregarnos a la desesperación.

— ¿Y mi padre ?

— No ha querido verme, pero ya conocéis su carácter...

— ¡Dios mío!

— ¡No tembléis!

— ¡Esta situación es insostenible!

— Ha de concluir; eso es indudable.

— ¿Y cómo me será posible volver al lado de mi padre ?

— No lo haréis sino cuando se haya conseguido convenirle.

— ¡Eso es imposible!

— El tiempo es un gran auxiliar.

— Pero en mi situación...

— Lo mismo que en todas.

— ¿Y mi reputación ?

— Sobre ese punto podéis tranquilizaros completamente.

— Los juicios del mundo...

— El mundo ignora lo que ha sucedido, porque vuestro padre, a quien Dios perdone su crueldad — dijo la condesa con una intención que no podía comprender la joven —, vuestro padre...

— Es severo, pero no cruel — interrumpió vivamente María, dando así una prueba más de la nobleza de sus sentimientos.

Una sonrisa irónica y desgarradoramente amarga desplegó la madre de Leandro, que repuso:

—No, no seré yo quien hiera vuestro corazón de hija; desgraciadamente... ¡Oh!...

Interrumpióse la desdichada madre, hizo un gesto doloroso, y su semblante se cubrió de mortal palidez.

—¿Qué os sucede, señora?

—¡Mil veces sea bendita vuestra inocencia! ¡Qué dicha es la ignorancia!

—Vuestras palabras...

—¡No podéis comprender, no me comprenderéis jamás!

—Hay en vuestro acento...

—¡Hiel! ¡Dios me perdone!

María fijó una mirada de asombro en la condesa. Ésta prosiguió diciendo:

—Sufrís mucho; ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Sois muy desgraciada?

—¡Ya lo sabéis!

—Pues, aun siéndolo mucho más, consideráos dichosa si os comparáis conmigo.

—¿Vos desgraciada?

—Hablemos de vuestra situación.

—Nada tengo que decir. Le ruego a Dios y espero de Dios el socorro, porque las criaturas nada pueden hacer por mí.

—Escuchadme, y decidme luego si discurro acertadamente.

—Ya os escucho, señora.

—Sucede lo mismo con la ira que con el dolor, lo mismo con el amor que con el odio: que el tiempo lo templá, lo calma, y los arrebatos desaparecen; porque si no fuese así, no habría espíritu bastante fuerte para

soportar la agitación que producen ciertos sentimientos cuando llegan al grado de la violencia.

— ¡Es verdad!

— Eso es la obra del tiempo.

— Pero yo...

— Hablo de vuestro padre, cuyo iracundo arrebató se calmará, mal que le pese, y entonces, como al fin el hombre a quien amáis tiene un nombre ilustre...

— Estáis equivocada—replicó María.

— ¡Equivocada!...

— A vos debo deciros la verdad.

— ¡Ah!—exclamó la condesa.

Y fijó en la joven una mirada ansiosa, en tanto que otra vez palidecía su rostro.

— ¡Hablad, hablad!—repuso con voz agitada.

— ¿Acaso no os han dicho?...

— Sí; pero... En fin, explicaos, porque si no estamos de acuerdo...

— Lo estaremos:

— ¡Oh! ¡Acabad!

— Querubín no conoce a sus padres.

— ¿Qué estáis diciendo?—gritó la condesa, en tanto que su corazón latía como si fuera a romperse— ¿Qué estáis diciendo? ¡Querubín no conoce a sus padres! No me engañéis...

— ¡Señora!...

— Dicen que es hijo del señor de Guevara.

— El señor de Guevara quiere así hacer un nuevo beneficio al que ha protegido tan generosamente.

Lo que en aquellos supremos instantes pasaba en el alma de la condesa no puede concebirlo sino la mujer que se haya encontrado en una situación semejante.

Nunca había estado la desdichada madre en mayor peligro de dar a conocer el secreto que tanto le importaba guardar.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para dominarse y no exhalar un grito de júbilo, de maternal amor.

Tembler convulsivo agitó sus miembros.

Era indefinible la expresión de su semblante.

Si se hubiese encontrado allí el señor de Guevara o cualquier otra persona de alguna experiencia, con facilidad hubiera adivinado en qué consistía el misterio de la historia de aquella mujer sublime y desgraciada; pero María, con su inocencia, con su absoluta ignorancia de las cosas del mundo, no era posible que ni siquiera remotamente sospechase la verdad.

La conversación debía tomar nuevo giro, o más bien, seguir el que acababa de darle la casualidad, pues la condesa, madre ante todo, quería poner en claro lo que tanto le interesaba.

Transcurrieron algunos minutos sin que ninguna de las dos articulase una sílaba.

Había llamado la atención de María el cambio repentino y el extraño aspecto de la ilustre dama.

Antes ésta aconsejaba la calma, y ella la había perdido instantáneamente y sin un motivo que lo justificase.

Al fin la condesa, dueña de su voluntad, pudo decir:

—La verdad debéis de conocerla vos, porque no es posible que os haya engañado el hombre que tanto os ama.

—No, no me ha engañado; siempre me ha dicho que ignoraba quiénes fuesen sus padres, y que debía su educación y la protección más desinteresada y sin límites a don Godofredo de Guevara.

—¿Y por qué tan repentinamente han cambiado de conducta?

—El señor de Guevara creyó facilitar el casamiento de Querubín dándole su nombre, pues así mi padre no podría ya echarle en cara más que la pobreza, lo cual tie-

ne fácil remedio, porque Querubín, con su talento y su valor, puede hacer fortuna.

— ¡Todo lo comprendo!

— Querubín se opuso a esta farsa; pero ha tenido que obedecer.

— ¿Y no os ha dicho qué circunstancias hicieron que don Godofredo le amparase?

— Nada me ha ocultado.

— Podéis confiarme el secreto sin temor alguno.

— Me parece que no cometo ninguna falta al hablaros con franqueza.

— No.

María, con una sencillez encantadora, refirió la historia que ya conocemos.

La condesa escuchó con ansiedad indescriptible.

Cada detalle era una prueba de que el atrevido mancebo era el hijo a quien inútilmente había buscado ella, lo mismo que don Juan de Monzón.

Ya no podía quedarle duda.

Otra vez tuvo que hacer grandes esfuerzos para dominarse.

Si el comendador se hubiese encontrado allí, no habría vacilado para arrancar a su hija la lengua antes que permitirle referir aquella historia.

María, sin saberlo, había despojado a su padre de una de las más terribles armas con que amenazaba a la condesa.

Ésta dijo:

— Perdonad si sobre este asunto no os doy cierta clase de explicaciones, porque debo respetar vuestra candidez.

— No os comprendo.

— Pero os prometo encontrar al padre de Querubín.

— ¡Ah!

— Y he de conseguirlo muy pronto.

—Si tal sucediera...

—Nos costaría menos trabajo vencer las dificultades que se oponen a vuestra dicha.

—Los padres de Querubín son nobles y ricos.

—¿Cómo lo sabéis?

—Puesto que he principiado concluiré.

—¡Sí, sí!

Menester era toda la fortaleza de espíritu de aquella mujer extraordinaria para poder continuar la conversación con apariencias de alguna calma. También la costumbre de dominarse era para la infeliz un gran auxiliar en aquella ocasión.

—Mi padre—dijo María—conoce este secreto.

—¿Os lo ha dicho?

—No tenía para qué decírmelo, puesto que ignora que Querubín es el hombre a quien amo.

—Entonces...

—Pero su deseo de conocer al que aspira a ser mi esposo, y habiendo asegurado Querubín que era amigo suyo... ¡Oh!... ¡Aun no comprendo cómo pudo resistir!...

—¡Acabad!

Una mañana mi padre dijo a Querubín que le revelaría el secreto de su existencia a condición de que él le revelase el nombre del que ama.

—¡Miserable!—exclamó la condesa sin poder contenerse.

—¡Por Dios, señora!...

—¡Perdonad!

—¡Es mi padre al fin!

—También a esa desgraciada criatura la puso en una alternativa horrible, y representando así un doble papel... ¡Ah!... ¡Si pudieseis comprenderlo todo!... Proseguid, porque la noche se acerca y tengo que volver a mi casa.

—Querubín resistió, sufriendo mucho; pero confiaba

en Dios y en lo que él llama su buena estrella; pues ya debéis de saber que se considera muy afortunado, aunque no hay criatura más desgraciada en el mundo.

—¿Y luego?

—Según he podido entender, Querubín fue a reclamar de mi padre el cumplimiento de su promesa; pero como ya creía seguro el triunfo el autor de mis días, guardó silencio y sufrió toda clase de reconvenciones, sin querer revelar el secreto.

—¡Dios lo dispuso así para bien de todos!

—Mi padre no dijo más sino que los de Querubín eran nobles y ricos.

—Es cuanto necesito saber.

—Me hacéis concebir esperanzas...

—¡Que no se verán desvanecidas!

—¿Con qué os pagaré?

—Ni vos ni nadie puede hacer nada para aliviar mis sufrimientos, porque para mí la única felicidad es la muerte.

—¡Dios mío!

—¡Pobre niña!

—¡También yo sufro!

—¡Vuestros males tienen remedio!—dijo la condesa poniéndose en pie.

—¿Ya os vais?

—¡Es preciso!

—¡Otra vez quedo sola!

—Mañana veréis a Querubín.

—Pero nuestra situación...

—No os impacientéis.

—Han pasado ocho días desde que salí del convento, y todavía...

—¡Aguardad!

—Pero...

—Me ocupo en preparar el golpe decisivo.

—No comprendo...

—Ahora es imposible que entremos en más explicaciones.

Exhaló un penoso suspiro, inclinó sobre el pecho la cabeza, y dos lágrimas se escaparon de sus azules ojos.

La condesa, en tanto que sus negros ojos se humedecían, abrazó a la joven.

Largo rato permanecieron unidas y sin pronunciar una palabra, porque con ninguna podían expresar exactamente lo que sentían.

Con igual violencia palpitaban sus corazones.

—¡Adiós!—dijo por fin la condesa con voz ahogada.

—¡Que el Omnipotente os inspire!

Separáronse.

La madre de Leandro salió de la casa y entró en el carruaje, que se alejó envuelto en una densa nube de polvo.

Ocultábase el sol, y sus rayos coronaban la cima de los montes y las copas de los árboles.

Atravesaban las aves el espacio con manso vuelo.

El horizonte estaba puro y transparente.

La naturaleza sonreía.

¡María lloraba!

Empero la condesa, a pesar de su horrible situación y de todos sus sufrimientos, considerábase completamente dichosa, con una dicha que ni siquiera había podido concebir.

Cuando estuvo sola, cuando ya no tenía necesidad de fingir, exclamó con acento indefinible:

—¡Hijo mío! ¡Hijo de mis entrañas!

Continuaba llorando; pero sus lágrimas eran de alegría, de un júbilo inmenso.

Su emoción no puede concebirse, como tampoco se concibe sin haberlo sentido el amor de madre.

Elevó al cielo una mirada de gratitud.

—¡Dios mío! ¡Dios misericordioso!

Pocos momentos antes había dicho que la muerte era su único consuelo, su dicha única, su sola esperanza.

Mentía, porque entonces más que nunca quería vivir.

Parecíanle siglos los minutos que debían pasar antes de que estrechase contra su sensible y maternal corazón a su hijo Querubín.

¿Le sería posible hacerlo ?

En esto no había pensado aún la condesa.

Antes de llegar a su casa, y cuando le fue posible recobrar algún tanto la calma, reflexionó, y quiso trazar el plan de conducta que le convenía seguir.

Era indudable que ante todo necesitaba hablar con don Juan de Monzón, diciéndole lo que sucedía, y poniéndose de acuerdo con él para que hiciese lo que el caso requería.

La condesa, sin revelar su secreto, sin confesar su deshonra, no podía reclamar a su hijo, y, por consiguiente, esto había de hacerlo el señor de Monzón. entendiéndose con el señor de Guevara.

Cuando esto pensó la condesa fue cuando le ocurrió que su misma honra era también un inconveniente para abrazar y dar el nombre de hijo a Querubín.

Tenía ella que privarse de esta dicha, y privar también al mancebo de una satisfacción sin igual.

Sintióse vivamente contrariada la pobre madre.

Otra vez se entabló en su alma una lucha desgarradora.

Pero a pesar de esto se consideraba feliz.

—Vremos—dijo—, porque no quería desde luego renunciar al goce de abrazar a Querubín, de darle el nombre de hijo y de oír que él la llamaba madre.

Al entrar en su casa no había ya de la luz del día más que el resplandor del crepúsculo.

Resonaron las campanas de las parroquias y conventos con el toque del *Angelus*.

Presurosamente subió la condesa a sus habitaciones. La agitación de su espíritu revelábase en su rostro pálido y descompuesto.

Aunque la luz era muy escasa, apenas se quitó el manto pudo verse la alteración de su semblante, y su doncella exclamó:

— ¡Señora!

— ¡Soy feliz, soy feliz! — interrumpió la dama.

— Pues yo hubiera jurado que la señora condesa sufría mucho.

— Estoy agitada; pero... nada más.

— ¿Hay esperanzas de que todo se arregle bien?

— Sí.

— ¡Bendito sea Dios, que así nos proteja!

— Pero nada podrá hacerse sin tu ayuda.

— Pues si de mí depende la dicha de los que ahora sufren...

— Contigo he contado, buena Lucía.

— Grandísimo pesar me hubiera dado la señora condesa no haciéndolo así.

— Conozco tu lealtad.

— ¡Gracias, señora!

— No te hablo de recompensas...

— Lo que necesito es que vuestra señoría me diga lo que tengo que hacer.

— Has de desempeñar una comisión muy delicada.

— ¡Dios me dé acierto!

— Para lo que has de hacer te sobra inteligencia, pues lo que más se necesita es discreción.

— Entonces, puede vuestra señoría descuidar.

— Escúchame.

— Ya lo hago con el respeto debido.

— No puedo en este momento darte cierta clase de explicaciones, y la razón la conocerás algún día.

— Señora, estoy dispuesta a obedecer: no es satisfacer

mi curiosidad lo que deseo, sino servir a vuestra señoría.

—Principiaré por decirte una cosa que te sorprenderá mucho.

—Ya nada me sorprende.

—Nadie, absolutamente nadie, ha de saber lo que voy a encargarte.

—Nadie lo sabrá.

—Has de guardar reserva hasta para con mi hijo.

—Así lo haré.

—Si por una imprudencia se llega a traslucir...

—Puede vuestra señoría tranquilizarse.

—¿Conoces a un caballero que se llama don Juan de Monzón?

—He oído su nombre.

—Vive en la calle de Santiago, en una casa grande que hay entrando a la izquierda.

—No lo olvidare.

—Es preciso que vayas a verle.

—Para hacerlo así no hay ningún inconveniente.

—Te arreglarás de modo que sus criados no sepan quién te envía.

—Eso es muy fácil.

—Y a don Juan has de decirle que tengo absoluta necesidad de verle, y que cuanto más pronto, mejor.

—¿Ha de venir?

—No.

—Entonces...

—Adoptaré las precauciones que le parezcan convenientes para que yo pueda ir a su casa sin peligro de las observaciones de sus criados.

—¡Comprendo!

—Si es posible, esta misma noche iré.

—Me parece que todo se arreglará a medida de vues-

tro deseo, a menos que don Juan de Monzón encuentre en su casa algún obstáculo.

—Ninguno, puesto que no tiene familia.

—Pues así podrá disponer con entera libertad.

—Creo que sí.

—¿Debo ir ahora ?

—Cuando quieras, o bien te parezca.

No hablaron más, ni era menester que hablasen. Cambió de ropa la condesa.

Ya había cerrado la noche.

Lucía se envolvió en su manto y salió, mientras decía para sí:

—¡Ahora entiendo menos que nunca lo que pasa! ¿Qué tiene que ver don Juan de Monzón en este endiablado asunto ? ¿Para qué necesita verle mi señora ? ¿Por qué ha de guardarse el secreto hasta para don Leandro ?

Y, haciéndose estas preguntas, se encaminó a buen paso hacia la vivienda de don Juan de Monzón, a quien ya es tiempo de que presentemos a nuestros lectores.

CAPITULO LXXII

Cómo la doncella desempeñó su comisión

Peligroso era andar por las calles de Madrid después de cerrada la noche, y mucho más peligroso para una mujer; pero Lucía no se paraba en semejantes consideraciones, porque ni era cobarde ni creía que era posible hacer fortuna sin arriesgar algo, y la fortuna esperaba de aquella intriga la doncella.

Con tanta prisa avanzó, que antes de diez minutos entraba en la calle de Santiago y se detenía ante la casa de don Juan de Monzón.

Del carácter y sentimientos de éste hemos hablado ya,

y también dijimos que sus muchas desgracias habían dado por resultado una melancolía profunda que a todas horas tenía meditabundo y sombrío al buen caballero.

Su vida no podía ser más triste ni más monótona.

Pasaba en su habitación la mayor parte del día: y si el tiempo era apacible, salía para dar un paseo por los sitios más solitarios, o iba a visitar a alguno de sus parientes, únicas personas con quien sostenía relaciones, pues había dejado el trato de todos sus amigos.

Era don Juan de Monzón una de esas criaturas que no se arrebatan fácilmente con la alegría ni con el dolor; pero, por lo mismo, no eran pasajeras sus impresiones, y puede decirse que dejaban en su alma una huella indeleble.

Lentos eran siempre los dolores de don Juan; pero el tiempo no los entibiaba, y así se explic^á cómo después de tantos años sufría, con poca diferencia, lo mismo que el día en que perdió la última esperanza de encontrar al hijo de su desdichada pasión.

Lo mismo le sucedía con respecto a su amor: conservaba todas las ilusiones de su primera juventud y adoraba a la condesa.

A pesar de esto, sabía dominarse; y como comprendía perfectamente la situación de la mujer a quien amaba, en vez de aprovechar las ocasiones para verla, o de buscar la ocasión, hacía todo lo contrario: puede decirse que huía de ella como se huye de un peligro.

Para hacerlo así le era preciso mortificarse mucho; pero no vacilaba, porque don Juan entendía que el que ama verdaderamente debe hacer todos los sacrificios en bien del objeto amado, o, lo que es igual, opinaba que el amor, si es verdadero, no es egoísta.

Cuarenta y cinco años tenía el señor de Monzón; su organización era vigorosa y enérgico su espíritu, y sus ojos brillaban como en lo más florido de su juventud.

En fuerza de entregarse a sus pensamientos había adquirido la costumbre de hablar muy poco; y esta circunstancia, así como su profunda y constante melancolía, eran causa de que pareciese más severo de lo que en realidad era.

Crefase que el carácter de don Juan era violento; pero esto era un error, pues sus criados aseguraban que nunca le habían visto encolerizarse.

Siempre hablaba con la misma entonación, siempre se presentaba grave y sombrío; infundía mucho respeto con su dominadora mirada, y nada más.

Era sencillo en sus costumbres, modesto, y si habitaba una casa amueblada con lujo, era porque así la había heredado de sus padres.

Hechas estas advertencias, y con lo que ya dijimos al presentar a la condesa, se comprenderán perfectamente las escenas que tenemos que referir.

Entró Lucía en el anchuroso portal, escasamente esclarecido por la rojiza luz de un farolillo que había frente a la escalera.

El portero, que no estaba acostumbrado a ver visitas, y menos de mujeres, creyó que la doncella se había equivocado, y le salió al encuentro preguntándole:

—¿A quién buscáis?

—Al señor don Juan de Monzon—respondió Lucía.

—Aquí vive—repuso el portero sorprendido.

—Ya lo sé.

—¿Traéis alguna carta?

—No más que mi persona—le dijo la sirvienta mientras se recataba el rostro con el manto.

—Está bien; pero...

—Necesito ver al señor don Juan; y como el asunto es urgente y de grandísimo interés, y como, además, tengo prisa, porque me aguardan, haréis que inmediatamente den aviso a vuestro noble señor.

—¡Ahora mismo!—respondió el portero sin moverse.

—Pues aguardo.

—Preciso será que me digáis vuestro nombre.

—Sería inútil, puesto que no me conoce vuestro señor.

—Entonces...

—Otra persona me envía.

—¿Y el nombre de esa persona ?...

—Me han prohibido pronunciarle.

—¡Tanto misterio!

—Sois curioso en demasía.

—No por cierto; pero mi deber...

—Yo también lo cumplo obedeciendo a mi noble señora.

—¿Una dama ?

—Ilustre por los cuatro costados.

La sorpresa del portero llegó a su colmo, porque nunca había imaginado que su severo señor tuviese nada que ver en ningún asunto en que mediasen mujeres que ocultaban su nombre; pero su sorpresa nada tenía que ver con su obligación, y, comprendiendo que el asunto era de importancia, llamó a un criado y le dijo que avisase a don Juan.

No menos sorprendido quedó éste cuando le dieron el recado; pero, a poco que reflexionó, empezó a sospechar que se trataba de la condesa.

—¡Que entre!—dijo el caballero.

Y apenas vio a Lucía, le preguntó:

—¿Quién os envía ?

—Si puedo hablar con descuido...

—Sí.

—Tengo el honor de servir a la señora condesa de...

—¡Ah!—interrumpió don Juan sin poder contenerse.

Y luego, procurando disimular lo que sentía, dijo:

—¿Qué le sucede a vuestra señora ?

—Hace algún tiempo que sufre mucho; aunque, si

he de decir lo que siento, me parece que nunca ha sido feliz.

—¡Tal vez!—murmuró don Juan por decir algo.

—Yo no entiendo lo que pasa y, por consiguiente, no puedo dar explicaciones, pero ello es que la señora condesa se encuentra en grandísimo apuro.

—¿Y no sabéis esos apuros en qué consisten?

—Ya he dicho que no acabo de entender lo que pasa.

—Pero...

—No soy curiosa: me he concretado a servir a mi noble señora con lealtad, y dispuesta estoy a sacrificar por ella la vida.

—No lo dudo—replicó don Juan con alguna impaciencia—; pero me parece que ante todo debierais decirme para qué os envía vuestra señora.

—Porque tiene necesidad de veros.

Palideció el rostro de don Juan, que guardó silencio y siguió escuchando.

La doncella añadió:

—Según mi señora dice, es urgente el asunto de que tiene que hablaros.

—¿Cuándo debo ir?

—A ninguna hora, porque vuestra visita ofrecería el peligro de que se enterase el señor conde o el señor don Leandro, y mi noble señora quiere guardar la mayor reserva.

—¿Pues cómo ha de arreglarse la entrevista?

—Disponiendo vos las cosas de manera que la señora condesa pueda venir sin temor a las observaciones de vuestros criados.

—¡Ella en mi casa!

—Es lo más fácil y lo menos peligroso.

Hízose más densa la palidez del rostro de don Juan.

Lo que sentía no tiene explicación.

Su trastorno fue tal, que en algunos minutos no pudo articular una sílaba.

Cuando consiguió dominarse, dijo:

—Todo se arreglará como vuestra señora desea.

—Vendrá mañana a la noche.

—¿A qué hora?

—Eso depende de las circunstancias.

—Pues bien; decidle que toda la noche esperaré, que el portero no le dirigirá la palabra, y que no encontrará a ningún otro criado.

—Probablemente, yo la acompañaré.

—¿Tenéis algo más que decirme?

—Nada, caballero.

—Pues ofreced a vuestra noble señora mi respeto más profundo.

—Os lo agradecerá.

—¿Queréis que os acompañen para volver a vuestra casa?

—No; porque tengo a los curiosos más miedo que a los ladrones.

—Id con Dios.

No pudo la doncella hablar más, como deseaba, porque creía que en el transcurso de la conversación cometería don Juan la torpeza de pronunciar alguna palabra que hiciese comprender la clase de relaciones o asuntos que con la condesa tenía; pero el grave y severo continente del caballero produjo en la doncella el efecto que en todos producía. Mal que le pesase, quedó sin satisfacer su curiosidad, y tuvo que resignarse hasta que se presentara ocasión más propicia.

Saludó, pues, al señor de Monzón y salió de la casa, mientras el portero decía:

—Hace más de diez años que sirvo al señor don Juan y ésta es la primera vez que viene un recado misterioso de parte de una dama no menos misteriosa. ¿Qué suce-

de ? No lo adivino; y como a mi noble señor le desagradaba mucho que sus criados sean curiosos, no podré tomarme la libertad de averiguar.

Con cuanta prisa le fue posible corrió Lucía hacia su vivienda.

La condesa la esperaba con ansiedad, y apenas la vio, le preguntó:

—¿Le has hablado ?

—Sí, señora.

—¿Cómo te ha recibido ?

—Muy seriamente, pero muy bien. Apenas pronuncié el nombre de vuestra señoría..., no lo aseguro, pero me parece que se puso pálido como un cadáver.

También palideció la condesa al oír esto.

—¡Prosigue!—dijo con balbuciente voz.

—Quedó muy pensativo, y con grandísimo interés me preguntó luego si vuestra señoría era dichosa.

—¿Qué has respondido ?

—La verdad, yo no sabía qué decirle, porque como sobre este punto no me dio instrucciones vuestra señoría, creí lo más prudente responder de modo que quedase la duda.

—Habrá mostrado gran sorpresa.

—Así parece; pero ocultaba lo que sentía, porque debe de ser de esos hombres muy reservados que hablan muy poco.

—No te equivocas.

—Le manifesté el deseo de vuestra señoría, y mañana esperará toda la noche, asegurando que ninguno de los criados nos molestará, ni siquiera nos mirará, puesto que no encontraremos más que al portero.

—Has desempeñado bien la comisión.

—Me felicito.

—Ahora mucha reserva y mucho disimulo.

—Puede vuestra señoría estar descuidada.

—Pregunta si ha salido mi hijo, porque quiero verle. Desapareció la doncella, y a los pocos momentos volvió para decir:

—El señor don Leandro no está en casa.

—Pues déjame.

Sola quedó la pobre madre para entregarse otra vez a las mismas reflexiones.

¿No se consideraba todavía dichosa ?

Sí; pero le mortificaba no poder abrazar y dar el nombre de hijo a Querubín.

CAPÍTULO LXXIII

Los dos antiguos amantes

Llegó el día siguiente.

La condesa apenas había dormido, y en su pálido rostro veíanse las señales inequívocas del insomnio.

Con creciente afán contaba los minutos, que le parecían interminables.

No pudo disimular completamente su preocupación, dando así lugar a que Leandro la preguntase:

—¿Qué os sucede, madre mía ?

—Estoy lo mismo que siempre—respondió la condesa.

—Tal vez; pero...

—La situación en que nos encontramos me hace cavilar mucho.

—Os diré con franqueza lo que siento.

—Sí.

—A pesar de todas las contrariedades y de que ninguna nueva esperanza tenemos, juraría que hoy...

—¿Qué ?—preguntó la condesa con un sí es no es de temor.

—Encuentro en vuestros ojos el brillo de la alegría.

Sintióse turbada la pobre madre.

— ¡Aprensiones! — murmuró.

— Pues siento haberme equivocado.

— Tú dices que no hay ninguna nueva esperanza.

— Y así es.

— Pues yo tengo muchas, y en eso tal vez consiste el cambio que adviertes en la expresión de mi semblante.

— ¡Y en qué se fundan vuestras esperanzas?

— No acierto a explicarlo; son presentimientos que para nadie más que para mí tienen valor.

— Los presentimientos no os han engañado nunca.

— Me amas mucho, hijo mío — repuso la condesa con acento de ternura conmovedora —; yo te amo también, y me parece criminal privarte de una alegría, después que tanto has sufrido al comprender que yo no era dichosa.

— ¡Gracias, madre mía! — dijo Leandro besando cariñosamente las manos de su madre.

— Pero he de imponerte una condición.

— ¡Todas las aceptaré!

— Desde ayer al ocultarse el sol soy casi feliz.

— ¡Feliz! — exclamó el joven profundamente sorprendido.

— No puedo darte explicaciones.

— ¡Siempre el misterio!

— ¡Siempre!

— ¡Ah!

— No deseas conocer el secreto de mi vida, porque ya te he dicho que serías muy desgraciado.

— Si habéis dejado de sufrir...

— No, pero Dios ha querido proporcionarme un gran consuelo.

— ¡Bendito sea Dios!

— Siempre me has respetado, hijo mío.

— Y os respetaré.

—Cuando tú haces una promesa la cumples a costa de la vida.

—¿Y por qué decís ahora eso?—preguntó Leandro mientras miraba a su madre con extrañeza.

—Vas a saberlo.

—¡Ya os escucho!

—Esta noche he de salir.

—Eso nada tiene de particular.

—Nadie ha de saber adónde voy; nadie más que mi doncella Lucía.

—¿Habéis pensado el peligro que ofrecen de noche las calles de Madrid?

—Sí; pero lo arrostraré.

—Recordad aquella noche que fuisteis a ver a Consuelo.

—No la olvido.

—Cuando menos parecía que tenáis que temer...

—Por eso tú me acompañarás.

—¡Me tranquilizo!

—Pero te separarás de mí en el momento que yo lo disponga, y donde te quedes me esperarás sin intentar seguirme.

—¡Madre mía!...

—Prométeme que lo harás así, que respetarás mi secreto.

—¡Lo juro!

—¡Te lo agradezco, hijo mío!

—Pero considerad lo que ha de dolerme que en uno de vuestros erizados depositéis vuestra confianza, mientras que yo...

—Razones muy poderosas tengo para hacerlo así.

—Me resigno y esperaré.

Dio la condesa nuevo giro a la conversación.

Ya tenía la seguridad de que en caso de apuro encontraría protección.

Llegó la noche tan deseada.

A la hora de costumbre cenaron.

El conde, según costumbre, también salió para no volver hasta la madrugada, porque le esperaban algunos de sus amigos.

Dispuso la condesa que se acostasen los criados, menos el que había de recibir al conde cuando llegase.

El portero, que ya había recibido una buena recompensa, sería reservado.

Envolvieron en sus largos mantos la condesa y Lucía.

Leandro, con una linterna, dispúsose a acompañar a su madre.

Eran las diez.

Los tres salieron.

La condesa se apoyó en el brazo de su hijo.

Latía violentamente el corazón de aquella desdichada mujer.

No veía a don Juan de Monzón sino cuando por casualidad le encontraba en la calle, y esto sucedía muy pocas veces, pues ya hemos dicho que el caballero pasaba casi todo el día en su vivienda.

¿Amaba la condesa todavía a don Juan?

A ella le sucedería lo mismo que a él, porque también su amor era inextinguible; pero ya hemos visto cómo se dominaba y con cuánta escrupulosidad cumplía sus deberes.

Muy difícil era en aquellos momentos su situación, y debía serlo mucho más cuando se encontrase en presencia del caballero.

Ni la madre ni el hijo pronunciaron una palabra, porque ambos tenían mucho en qué pensar.

Reflexionaba ella sobre su situación.

Cavilaba Leandro, empeñándose en adivinar adónde iba su madre.

La doncella los seguía silenciosamente.

Llegaron a la costanilla de Santiago.

— ¡Aquí! —dijo la condesa.

—Esta es la casa de Consuelo—respondió el joven.

—Si la hora es conveniente puedes subir a verla.

—¿No he de esperar en este sitio?

—Sí.

—Entonces...

—Pero no volveré antes de media hora.

—Creo que Consuelo y su madre ya se habrán acostado; y como el señor Policarpo habrá hecho lo mismo, no encontraré con quién hablar, ni siquiera quien abra la puerta.

—Siento que tengas que esperar aquí.

— ¡No me importa!

—Procuraré concluir pronto.

—¿Supongo que iréis lejos?

—No.

—Me tranquilizo, pues si hubieseis de atravesar todavía muchas calles...

—Me acompañarías.

—Pues que Dios os proteja, mi querida madre.

— ¡Acuérdate de lo que me has prometido!

— ¡Descuidad!

No hablaron más.

La condesa y Lucía se alejaron.

A los pocos minutos se encontraban en la calle de Santiago.

Abierta estaba la puerta de la casa de don Juan.

En el portal había luz, lo mismo que en la escalera.

El portero estaba en su habitación.

Ya había recibido las instrucciones convenientes, y no había que temer que cometiese una indiscreción, pues en aquella casa nadie se hubiera atrevido a desobedecer al severo don Juan.

Detuviéronse algunos momentos las dos mujeres.

La condesa apenas podía respirar.

Temblaba, y eran inútiles sus esfuerzos para dominarse.

— ¡Vamos! — dijo.

Entraron en la casa.

El portero, cumpliendo con religiosa exactitud las órdenes que había recibido, no hizo más que ponerse en pie, quitarse el sombrero e inclinar respetuosamente la cabeza.

No era posible ver el rostro de la dama, porque le ocultaba el manto.

Lucía se recataba también.

Subieron.

Entraron en una antecámara.

Allí había un hombre vestido de negro, inmóvil como una estatua.

Estaba nerviosamente pálido.

Era don Juan.

Al ver a la condesa se estremeció.

La infeliz no pudo contener una exclamación, cuyo significado era muy difícil de adivinar.

También quedó inmóvil.

Pasaron algunos minutos en silencio absoluto.

Don Juan de Monzón dijo al fin:

— ¿Queréis hablar sin testigos ?

— Ese es mi deseo.

— Pues aquí puede quedar vuestra doncella.

Lucía se sentó, deplorando no conocer el interior de aquella casa, porque así le era imposible cometer el abuso de escuchar.

La condesa y don Juan atravesaron silenciosamente algunas habitaciones.

Detuviéronse en un gabinete amueblado con riqueza,

pero con severidad, y esclarecido por la luz de dos bujías.

Sentóse la condesa y se descubrió el rostro. Su palidez era cadavérica; pero estaba hermosa como nunca: era su hermosura doblemente interesante.

¿Quién hubiera podido comprender lo que pasaba en el alma del caballero?

Sentía como si su sangre se hubiera convertido en fuego.

¿Cómo dar principio a la conversación?

He ahí la primera dificultad que encontró la condesa; pero don Juan, que no podía dominarse hasta el punto que deseaba, la sacó del apuro, exclamando:

—¡Ah! ¿Por qué me hacéis pasar por esta prueba terrible?

—¡Nuestro hijo, el hijo de nuestra fatal pasión!— exclamó entonces la dama.

—¡Nuestro hijo!—murmuró don Juan.

Y como si desapareciesen sus fuerzas instantáneamente, se dejó caer en un sillón.

Inclinó la cabeza y frío sudor corrió por su frente.

—¡Nuestro hijo vive!—dijo la condesa.

—¡Que vive!—exclamó don Juan recobrando otra vez la energía y fijando una mirada ansiosa en la mujer a quien adoraba.

—¡Le he visto!

—¡Ah!

—¡Tiene un gran corazón, un alma sublime!

—¡No, no me hagáis concebir esperanzas que han de desvanecerse! ¿Dónde está nuestro hijo, dónde? ¡Me habéis traído la dicha, y he debido adivinarlo, porque la dicha solamente puede esperarse de vos!

—¡La dicha de mí, que represento vuestra fatalidad!

—¡Hablemos de nuestro hijo!

—Podéis encontrarle en la misma casa donde le dejasteis!

—¡Imposible!

—Cuando murió su nodriza, fue amparado por don Godofredo de Guevara.

—¡Oh!

—Y el señor de Guevara, con una generosidad sin límites...

—¿Tenéis la seguridad de no haberos equivocado?

—Tengo la prueba.

—¡Perdonad; pero ante todo necesito abrazar al hijo de nuestro amor!

—Preciso es que me escuchéis, don Juan, porque si no os hago comprender mi extraña y crítica situación, cometeríais torpezas que me comprometerían.

—¡Hablad, hablad!

Acercóse el caballero a la dama.

Fijó en ella una mirada profunda, y esforzándose para contenerse, escuchó.

La condesa refirió entonces detalladamente todos los sucesos que nuestros lectores conocen ya, sin olvidarse del abuso que cometía el comendador poniéndola en la alternativa más horrible, y destrozando así su corazón de madre a la vez que hería su dignidad de señora.

No haremos mención de las diversas impresiones que el relato produjo en don Juan.

Sentíase unas veces profundamente conmovido, otras agitado, y sorprendido siempre con tan inconcebible coincidencia.

Si en aquellos momentos se hubiera encontrado allí el comendador lo habría pasado muy mal. Quince minutos después terminaba la condesa su relato.

Don Juan alargó las manos para coger las de la condesa y estrecharlas; pero las retiró vivamente al ver que ella se estremecía.

—¡Oh!—murmuró el caballero— ¡Preciso es hacer por completo el sacrificio!

Y después de algunos momentos añadió:

—¡Adivinad lo que pasa en mi alma, como yo adivino lo que pasa en la vuestra!

—¡Pensemos en nuestro hijo!—replicó la condesa, cuya voz temblaba.

Púsose en pie el caballero.

—¡Perdonad!—dijo.

—¿Qué intentáis?

—El hijo de nuestra pasión fatal...

—¡Escuchadme todavía!

—Pensad que los momentos...

—Son siglos; ya lo sé.

—¿Qué más tenéis que decirme?

—Recordaros mi situación.

—Nada se me oculta.

—Tengo que privarme de la dicha de abrazar a nuestro hijo, porque mi honor...

—Si es nuestro hijo bastante discreto...

—Hay que contar con las circunstancias y los sucesos que pueden sobrevenir, porque no sabemos si en momentos dados, dejándose arrebatar, cometería una imprudencia. Al fin, tiene pocos años, es vehemente, atrevido, audaz...

—¡Comprendo!

—¡Haré el último sacrificio! ¡Tantos he hecho ya!...

—¡Ah!

—He concluído, caballero.

Y al pronunciar estas palabras también se levantó la condesa. No era posible que prolongasen aquella conversación.

Sufrían horriblemente, como quizá no habrían sufrido en toda su vida.

La desdichada madre se envolvió otra vez en su manto y dijo:

— ¡Adiós, y... hasta la eternidad!

Sentíase ahogada.

No pudo articular una sílaba.

Salió seguida del caballero.

La doncella esperaba.

Con una inclinación de cabeza saludó don Juan. Poco después encontrábanse en la calle las dos mujeres.

Rápidamente avanzaron hacia la costanilla. Leandro se encontraba allí.

— ¡Vamos, vamos! — dijo la pobre madre.

Y se apoyó en el brazo de su hijo.

La infeliz temblaba

El hijo le dirigió algunas preguntas.

— ¡Calla, hijo mío! — respondió la condesa.

— ¡Estáis agitada, trastornada!...

— Sin embargo, sufro mucho menos que antes.

— Este misterio...

— Otra vez te suplico que no intentes conocer el terrible secreto de mi vida.

Leandro cavilaba sin poder adivinar dónde había estado su madre.

Entraron sigilosamente en su vivienda.

La condesa quiso que la dejaran sola.

El joven entró en su aposento y dijo:

— ¡Ahora me sería imposible dormir! ¡Oh! ¿Qué sucede? ¡Necesito moverme, hacer algo!

Y empezó a pasearse a lo largo de la habitación.

Esto era poco.

Su excitación crecía.

Llamó, y se presentó Perico preguntando:

— ¿Qué manda vuestra señoría?

— Acompáñame.

— Estoy dispuesto.

El criado salió, volviendo a los pocos instantes con su capa, su sombrero y su espada.

Tomó la linterna.

—Vuestra señoría tendrá a bien decirme si debo adoptar alguna precaución.

—Ninguna.

—Pues, entonces...

—¡Quiero andar, fatigarme, rendir mi cuerpo para proporcionar descanso al espíritu!

—Está bien, señor.

—¡Vamos, Pedro; vamos!

No hablaron más.

Salieron de la casa.

Desnudaron los Aceros, porque ésta era prevención indispensable en aquellos tiempos.

A buen paso encamináronse a la calle de Alcalá.

—¡Por aquí!—dijo Leandro volviendo a la derecha.

—¡A la Puerta del Sol!—murmuró su criado.

A los seis minutos encontrábase junto a la célebre Mariblanca.

—¿Y ahora?—preguntó Perico.

—¡Adelante!

Siguieron por la calle Mayor.

Cuando llegaron a Platerías volvió el desgraciado joven a la izquierda, y entrando por el laberinto de calles de los alrededores de San Miguel, fueron a parar a la calle de Segovia. Entonces dijo el sirviente:

—¡Ya sé el camino!

Efectivamente; no debían detenerse hasta la plazuela del Alamillo, donde ya sabemos que vivía el señor de Guevara.

¿Para qué quería verle Leandro?

No podía hablarle de la extraña conducta de la condesa; pero sí podía decirle que sufría mucho, y esto era un desahogo.

CAPITULO LXXIV

Don Juan de Monzón va en busca de su hijo

Entretanto don Juan de Monzón, profundamente agitado, apenas salió la condesa llamó a sus criados, pidió su espada, su capa y su sombrero, y se dispuso a salir.

—¿Iréis solo?—le preguntó uno de los sirvientes.

—Sí.

—¿Y sin luz?

—¡Me es igual!

Diéronle una linterna, que tomó maquinalmente.

Salió de su casa, siguió hasta las alturas de San Nicolás, bajó luego por los derrumbaderos que terminan en la calle de Segovia, y bien pronto se encontró en la plazuela del Alamillo.

Detúvose junto a la puerta de la casa del señor de Guevara.

Su corazón latió violentamente.

Poco más o menos, a la misma hora, y también entre las tinieblas de la noche, habíase detenido allí diecisiete años antes llevando en sus brazos al hijo de su amor, de su desdicha, de su debilidad, y aun pudiera decirse de un fatal error.

¡Cuánto había sufrido durante aquel tiempo!

Extendió un brazo para coger el aldabón.

Su mano tamblaba.

—¡Dios mío!—exclamó— ¡Necesito muchas fuerzas para dominarme.

Llamó.

No le respondieron.

Volvió a llamar.

Temió que no estuviese el señor de Guevara, de quien ya sabemos que no se recogía muy temprano.

Recios golpes descargó por tercera vez don Juan. Al fin se abrió una ventana, y una voz preguntó con aspereza:

—¿Quién es?

—¡Necesito ver ahora mismo al señor de Guevara!

—¡Tripas de Lucifer! ¡No me parece la hora muy a propósito para visitas!

—Perdonad; pero es preciso.

—¿Quién sois? No reconozco vuestra voz.

—Ni me conviene decir a gritos mi nombre.

—¡Rayos! ¿Os habéis propuesto darme una broma pesada?

—El asunto es demasiado serio.

—Sin embargo...

—Supongo, señor de Guevara, que no tenéis miedo.

—¡Cien legiones! —gritó el protector de Querubín.

Y cerrando la ventana, apresuróse a encender luz, se abrigó la cabeza con un gorro, tomó la espada, y en ropas menores corrió para bajar y abrir, a tiempo que el hijo de la condesa, informado de lo que sucedía, salía también de su dormitorio a medio vestir.

—¡Me parece—le dijo el caballero—que alguno de mis amigos quiere embromarme; pero juro que ha de costarle caro su buen humor!

—¡Dejadme abrir!

—No, porque ya me han preguntado si tengo miedo.

—Estáis casi desnudo, y hace mucho frío.

—¡Tengo encendida la sangre!

—Vestíos, que luego haréis lo que mejor os parezca.

—Pues bien; baja, di que aguardo, y si comprendes que se trata de una burla, responde a cintarazos.

—No será menester.

—¡Lleva la espada!

—Es inútil, padre mío—dijo Querubín.

Y como había encendido otra luz, no se detuvo y bajó presurosamente, en tanto que su protector, jurando y maldiciendo, acababa de vestirse.

No esperaba don Juan encontrarse repentinamente y de manos a boca con el mancebo. Exhaló un grito cuando se abrió la puerta y vio aparecer la interesante y bella figura de Querubín. Su padre no le conocía; pero comprendió que aquél era su hijo.

El primer impulso del caballero fue abrazar al joven; pero, afortunadamente, pudo dominarse.

Quedó inmóvil, como si se hubiera petrificado. Mortal palidez cubrió su rostro.

Su mirada fijábase ansiosamente en Querubín.

Este contempló a su padre.

Nunca le había visto, y después de algunos momentos le preguntó:

—¿Qué queréis, caballero?

No acertó don Juan a responder, porque su turbación era tal, que su voz se ahogaba en su garganta.

—No debo suponer que os habéis equivocado, puesto que desde luego habéis preguntado por el señor de Guevara.

—¡Sí!—balbuceó al fin don Juan—; tengo necesidad de verle ahora mismo!

Como no podía disimular su violenta agitación, ni siquiera sospechó Querubín que se tratase de una broma.

—Ya nos habíamos acostado.

—Habéis de perdonarme; pero...

—Mi buen padre os recibirá como merece una persona de vuestra clase.

—¡Vuestro padre!—murmuró el caballero con acento indefinible.

—Eso he dicho.

zón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa. porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

La condesa descubre que Querubín es el hijo que tuvo con don Juan de Monzón. Cuenta a Monzón lo que ocurre y éste se alía con ellos.

